
PERVIVENCIA DE GÓNGORA EN LA OBRA DE VICENTE ALEIXANDRE

JOSÉ MARÍA OCAÑA VERGARA
ACADÉMICO NUMERARIO

La concesión del premio Nobel, el año 1977, a Vicente Aleixandre enalteció de manera excepcional la poesía española. La Academia sueca premiaba una obra que ilumina la condición del hombre en el cosmos y en la sociedad de la hora presente. Al mismo tiempo, la docta corporación nórdica afirmaba que tal galardón era estímulo y recompensa para la Generación del 27, de la que formó parte el celebrado poeta sevillano. Los componentes que a la sazón vivían celebraron entusiásticamente el triunfo de un compañero de corazón e ideal estético.

Habían transcurrido cincuenta años desde la fecha histórica de 1927, que significó el nacimiento de una nueva generación, reivindicadora de la memoria y la obra de don Luis de Góngora y Argote, al conmemorar el tercer centenario de su muerte. En 1927, *annus mirabilis*, aglutinaronse una serie de actos y actitudes tendentes a proclamar la revalorización de un poeta proscrito y de una nueva concepción de la poesía. Como afirma Dámaso Alonso en su ensayo *Estudios y ensayos gongorinos*, el nombre de Góngora había sido exhumado ya de su tumba de oprobio fuera de España. La restauración del poeta cordobés surgió en Francia de las manos del simbolismo. Aquellos poetas admiraron la perfección formal de los poemas gongorinos, su musicalidad, las alusiones constantes y la belleza de un lenguaje enriquecido de bellísimas imágenes que se encarnaban en poemas de vibrante ritmo. El postulado verleniano de «*la música antes que nada*» había encontrado plena vigencia en el siglo XVII español; de ahí la admiración hacia el autor de *Las soledades*, genial antecedente del simbolismo, del parnasianismo y del surrealismo, en algunos aspectos de innegable valor estético.

El gusto por una poesía nueva y exultante en la forma, rara y exótica, delicada y fina musicalmente, llevaba inexorablemente a Góngora. He aquí, pues, el camino o la trayectoria seguida por Leconte de Lisle, Verlaine y Rubén Darío, dando la mano a Luis de Góngora para que los guiara por los caminos del Parnaso Universal.

Todos los componentes del 27 se dejaron seducir por los consejos de Dámaso Alonso, por la pasión de Gerardo Diego, por el vitalismo de Lorca y por el

andalucismo de Alberti para proclamar la excelsitud de la poesía gongorina. A estos nombres se unieron los de Salinas, Guillén, Altolaguirre, Prados, Hinojosa, e incluso, como afirma Dámaso Alonso, Bacarisse, Buendía y Moreno Villa. Todos coincidieron unánimemente por su entusiasmo gongorino en 1927; en el concepto antirrealista de lo poético y en la exaltación de la belleza formal como medio capital de la emoción estética.

Vicente Aleixandre, de apasionada elegancia, procuró acomodar las fórmulas poéticas de su tiempo, difíciles de comprender por su complejidad semántica y estructural, a las exigencias de un público cada vez más mayoritario que asistía regocijado a la reivindicación de Góngora. En sus obras *Ámbito*, *Pasión de la tierra*, *Espadas como labios*, *La destrucción o el amor* y *Sombra del Paraíso*, básicamente, Aleixandre crea un mundo zoológico de bellísimas metáforas imaginativas. Este panteísmo de exultante belleza estética nos recuerda las creaciones gongorinas, que sólo anhelaban la perfección formal, la recreación de un mundo mágico de esplendor sin igual.

Vicente Aleixandre sintió una profunda admiración por Góngora, cimentada día a día por el culto de su amigo y compañero Dámaso Alonso. Lo primero que nos sorprende es la similitud creativa en ambos poetas andaluces. Para Emilio Orozco Díaz, uno de los más notables comentaristas gongorinos, la poesía del cordobés representa la agitación, el retorcimiento y la ocultación del elemento básico en la búsqueda del ornamento poético. El juego de metáforas e hipérbolos deforma la realidad creando un mundo mágico de incalculable belleza. El color, la luz y el sonido coadyuvan a la creación de una mágica y delicada concretización pictórica. En la obra de Aleixandre lo que más nos subyuga es su rica expresión. Él escribe siempre en verso amplio, solemne, bellísimo. Su lenguaje- como afirma Lázaro Carreter- es majestuoso, violento dramático; aunque en ocasiones, se adelgace y se haga tenue hilo de cristal. Nadie lo ha superado en el uso sapientísimo del adjetivo. Y en la época actual, sólo el americano Neruda lo ha igualado en la creación de imágenes cósmicas, que tienen a veces el encendido tono de los profetas. ¿Acaso no es esto una consecuencia directa de la monstruosidad y belleza que Dámaso Alonso había apreciado en la *Fábula de Polifemo y Galatea*?

En esta obra gongorina, una de las cimas de la poesía culterana, destaca lo lóbrego, lo áspero, lo enmarañado, lo inarmónico, lo de mal augurio, lo monstruoso, como antecedentes de la visión aleixandrina en algunos poemas de *Pasión de la tierra*.

Carlos Bousoño, autor del ensayo *La poesía de Vicente Aleixandre*, destaca las tres siguientes características en la lírica del poeta sevillano: irracionalismo, individualismo y superación de las constantes del Romanticismo. Si confrontamos estas notas con la obra gongorina, podemos fácilmente observar que los dos autores andaluces, objeto de nuestro estudio, se dan la mano, aunque sus manifestaciones líricas estén referidas a distintos movimientos literatos. Góngora supuso una radical superación del Renacimiento; Aleixandre, un apartamiento de las corrientes románticas. Y aquí creo encontrar las raíces de ambos poetas. Góngora aspiraba a una idealización de la naturaleza mediante una sinfonía de formas y colores, creadores de una poesía única y arquitectónicamente perfecta. Aleixandre se su-

mergía en las aguas del surrealismo francés para, desdeñando lo sentimental y lo emotivo, buscar las máximas perfecciones técnicas y estéticas. ¿Acaso no se ha dicho que los sonetos gongorinos desprecian el calor vital, el humanismo, para convertirse en frías columnas marmóreas de excepcional calidad formal?. Las aspiraciones de los dos poetas eran similares y convergentes.

Nos refrenda este aserto el celebrado crítico cordobés Luis Jiménez Martos. Desde la tribuna de la revista *Estafeta Literaria*, afirma que en el año 1963 la Editorial Einaudi ofreció una antología de Vittorio Bodini, titulada *Los poetas surrealistas españoles*. En ella, el crítico italiano consideraba a Vicente Aleixandre como creador de un surrealismo hispánico, telúrico y radical, cuyas raíces se encontraban en Góngora.

¿Cuál era el medio utilizado por Aleixandre para evadirse de lo real directo y reflejar un mundo nuevo de excepcional concreción estética? Para el crítico cordobés, el procedimiento seguido por Aleixandre, para situarse en el plano más lírico y personalizado, es justamente el engrandecimiento de lo real hasta inscribirlo, gradualmente o de golpe, en una majestuosa escala cósmica. Aleixandre se entregaba a lo superreal, a lo hiperbólico, mirando hacia fuera. El poeta sevillano gigantiza el erotismo y recrea hipérboles de profundo cuño andaluz. Consideremos los siguientes ejemplos: «Una boca imponente como un fruto bestial...»; «Ves una montaña que navegando ocupa...».

Para Paul Ilie, en su obra *Los surrealistas españoles*, Aleixandre es el ejemplo más claro del referido movimiento. Para Ilie, en *Pasión de la Tierra*, asistimos a una entusiástica y explosiva aspiración hacia la luz, al sentido abstracto del tiempo y a la disociación del lenguaje y la realidad. De manera similar, Góngora invadió sus poemas, *Fábula de Polifemo* y *Galatea* y *Las soledades*, de metáforas e imágenes, bimebraciones, pluralidades y correlaciones que deformaron la realidad circundante para crear irreales y atrevidas visiones cósmicas, con seres extraños a la placidez del clasicismo renacentista.

Ambos poetas, Góngora y Aleixandre, tienen otro punto de feliz coincidencia. Conocidísima es la debatida cuestión de las dos épocas gongorinas: frente al Príncipe de la luz, el Príncipe de las tinieblas. Fue Dámaso Alonso, en su magistral tratado *La lengua poética de Góngora*, quien rebatió la tradicional separación de la poesía fácil y de la poesía oscura. Para el gran crítico y poeta de la Generación del 27, Góngora no presenta dos modalidades distintas. Por el contrario, lo que caracteriza a la denominada segunda etapa es una simple intensificación en el pormenor y una densificación en el conjunto de lo que ya era propio de la primera. La facilidad interpretativa del romance *Angélica* y *Medoro* engañó a numerosos comentaristas que no supieron ver las atrevidas sutilezas del hermetismo de la primera época gongorina.

También en Aleixandre podemos considerar dos etapas diferentes en cuanto a la plena comprensión de sus respectivas creaciones líricas. Poemas como *Juventud*, *Posesión* y *A Fray Luis de León*, inteligibles en su contexto e isométricos por su medida, contrastan con los de *Pasión de la Tierra*, en los que la evasión del poeta hacia lo desconocido y personalísimo crea una cosmovisión hipertrofiada y

difícilmente captable por el lector. Trátase de severas indagaciones en el ser y también de violentas demoliciones y trabas convencionales que exigen una ardua labor interpretativa, como nos expuso Carlos Bousoño en su tratado *La poesía de Vicente Aleixandre*.

Otro punto de contacto lo encontramos en la adjetivación, imágenes y metáforas atrevidísimas que ambos líricos supieron crear. Dámaso Alonso ha analizado numerosos casos de metáforas puras gongorinas en las que, elidido el término real, sólo aparece el elemento ideal de la identidad. *La Fábula de Polifemo y Galatea* aúna lo sereno y lo atormentado, lo lumínico y lo lóbrego, la suavidad y la aspereza en una condensación maravillosa de luz y sombra, plasmado todo en un conjunto coherente de felicísimas imágenes y metáforas. *La destrucción o el amor*, típicamente gongorinos en la composición citada, preanuncian el gran poema aleixandrino del siglo XX. Ambos poetas cultivan un lenguaje majestuoso, violento y retorcido, dramático y telúrico. También, en ocasiones, a la manera gongorina al celebrar el amor de Acis y Galatea, la expresión aleixandrina se vuelve fina, se adelgaza, se hace tenue hilo de cristal.

Andrew P. Debicki, en su obra *Estudios sobre poesía española contemporánea*, admite entre los componentes de la Generación del 27, de manera capital en Vicente Aleixandre, una clara tendencia a presentar la realidad circundante según la visión especial del poeta. Los *significantes*, es decir, los efectos rítmicos y de sonido más variados y los vocablos cuidadosamente seleccionados sirven para configurar y expresar plenamente el significado, el impacto total de la obra, que de otra manera se perdería. En este sentido, justo es recordar que tanto Góngora como Aleixandre se valieron de todos sus recursos formales para comunicarnos aspectos de la realidad que nos tocan personalmente. No en balde, los amores frustrados de Acis y Galatea o la peregrinación del joven náufrago de *Las soledades* hieren nuestra sensibilidad moderna como la pasión amorosa, que confundida con la pasión por una muerte liberadora, nos presenta el poeta sevillano en su libro *La destrucción o el amor*.

Góngora rompe la conmoción telúrica de las dos primeras estrofas de *La Fábula de Polifemo y Galatea* para estallar en versos que irradian hermosura y plenitud. De ahí esa abundancia de flores y frutos con que la arquitectura culterana enriquece las estrofas siguientes del citado poema y la mayoría de *Las soledades*. De igual manera, Aleixandre, en *Sombra del paraíso*, recuerda o imagina un prodigioso edén, libre de sufrimientos y de muerte. Es la visión del *cosmos* en su gloria, en forma similar a como el joven náufrago observa una naturaleza estéticamente perfecta, resultado de la evolución que arranca del bucolismo grecolatino, se completa en el Renacimiento y estalla vibrante en la apoteosis culterana. A la vida elemental de cabreros, montañeses y pescadores, en selvas, aldeas y chozas pastoriles, Góngora une el encanto de la Edad Dorada que también Aleixandre prefigura en los bosques umbríos de su paraíso. En ambos poetas fluye un espíritu pánico de exaltación de las fuerzas naturales con un encendido halago sensorial, que proclama la hermosura de la naturaleza y esquiva todas sus fealdades. El color, el sonido y la musicalidad de los versos prestan a estos poemas una claridad radiante, una claridad deslumbrante, como afirmó Dámaso Alonso al enjuiciar

Las soledades en su tratado *Estudios y ensayos gongorinos*.

No podemos olvidar otros recursos ampliamente desarrollados por Góngora y Aleixandre. Es evidente que numerosos recursos estilísticos aparecen en sus obras en un noble anhelo de conservadurismo poético. Nos referimos a las sinestesias, pluralidades y correlaciones, que desarrolladas por el poeta cordobés en pleno siglo XVII, reviven brillantemente en la obra aleixandrina. Carlos Bousoño, en su obra *Seis calas en la expresión literaria española*, ha descubierto numerosos ejemplos que constituyen un cerrado homenaje al poeta reivindicado por los generacionistas del 27.

No quisiéramos terminar esta humilde exposición sin recordar algunos versos del poema escrito por Luis Cernuda en homenaje al poeta cordobés y que sirven para testificar el gran aprecio que sintieron por el autor de *Las soledades*:

Gracia demos a Dios por la paz de Góngora vencido;
Gracias demos a Dios por la paz de Góngora
exaltado;
Gracias demos a Dios que supo devolverle (como hará
con
nosotros),
Nulo al fin, ya tranquilo, entre su nada.